

RECUERDOS DE JUAN GUITERAS

Al establecerse en Matanzas, en el año 1918, para desempeñar el cargo de profesor de la Escuela Normal, creé vínculos de amistad con los compañeros médicos que ejercían en esa urbe. Entre esas amistades, una de las más estrechas, que desafió los vaivenes del tiempo, fue la que me unió al doctor Florencio de la Portilla. Fue Portilla el primer médico que se dedicó en Matanzas, exclusivamente, al ejercicio de la especialidad de Microscopia y Química Clínica.

El doctor Portilla y yo estuvimos unidos en numerosas actividades fuera de las de nuestra común profesión y nuestras esposas se conocieron, simpatizaron y cultivaron una amistad inalterable.

Cierto día del año 1924, el doctor Portilla me invitó a visitar en su compañía al doctor Juan Guiteras Gener que, a su salida del cargo de secretario de sanidad y beneficencia, había ido a residir a su finca «San Agustín», situada entre la ciudad de Matanzas y el pueblo de Ceiba Mocha.

Portilla guardaba un grato recuerdo del doctor Guiteras, que había sido su profesor de Patología en la Escuela de Medicina. Luego, con el decursar del tiempo, el viejo maestro, desde su cargo de director de sanidad, había nombrado a su discípulo para desempeñar un cargo de jefatura local de sanidad de Matanzas.

Agradecí mucho al doctor Portilla su invitación. Aunque no conocía personalmente al doctor Guiteras, sentía gran admiración por él, por descender de una familia tan íntimamente ligada a la cultura matancera y porque sabía que su trayectoria como hombre de ciencia, como patriota y como funcionario había sido ejemplar.

Sabía que era hijo de Eusebio Guiteras, quien en unión de sus hermanos Pedro José, el historiador, y Antonio, el humanista, había fundado en la segunda mitad del pasado siglo, en Matanzas, uno de los colegios* más prestigiosos de Cuba: el colegio «La Empresa».

Sabía también que era el quinto de los hijos de Eusebio y que, por su pobre constitución física y por la pérdida de sus cuatro hermanos mayores, decidió su padre trasladarse a los Estados Unidos en busca de un ambiente más propicio para su desarrollo y supervivencia. Permaneció en Bristol, Rhode Island, hasta cumplir seis años, que regresó a Cuba.

Realizó sus estudios primarios en «La Empresa» y continuó en el mismo los secundarios, ya que dicho plantel estaba incorporado al Instituto de Matanzas.

En el año 1868 pasó a La Habana para comenzar sus estudios de medicina y se alojó en el colegio «El Salvador» que dirigía don José de la Luz y Caballero. Allí conoció a don Felipe Poey, quien le impresionó profundamente por su saber y por su bondad.

Sólo un año permaneció en La Habana. Los sucesos que se desarrollaron en la capital en octubre de 1868 determinaron su traslado a los Estados Unidos y reinició sus estudios de medicina en la Universidad de Pensilvania. Cursó simultáneamente estudios de Filosofía y en 1873, a la edad de 21 años alcanzó los grados de doctor en Filosofía y Medicina.

En el hospital de Filadelfia desempeña, sucesivamente, los cargos de médico interno y de médico de visita.

Durante su larga estancia en Filadelfia se entregó de lleno a las labores revolucionarias: fue asesor del entonces coronel Emilio Núñez en la organización de expediciones y, dadas sus excelentes relaciones con las autoridades norteamericanas, en múltiples ocasiones logró resolver favorablemente dificultades legales en que se encontraban patriotas cubanos que desenvolvían sus actividades en un país que, a veces, las ignoraba y, a veces, las perseguía.

Durante nueve años, de 1880 a 1889, prestó sus servicios en la Sanidad Marítima Norteamericana.

En 1889 fue nombrado profesor de Patología de la Universidad de Pensilvania y patólogo del hospital de Filadelfia.

La Universidad de Pensilvania le comisionó para que se trasladara a Alemania a estudiar la tuberculina de Koch, circunstancias que aprovechó para visitar varios centros médicos europeos.

Al declarar Estados Unidos la Guerra a España, ingresó en el ejército norteamericano y desembarcó en Cuba por la provincia de Oriente. Se le encargó la redacción de instrucciones y sugerencias oficiales a los médicos militares para la evitación de la fiebre amarilla.

Terminada la guerra, renunció a su cátedra en la Universidad de Pensilvania y se estableció entre nosotros.

Su llegada a Cuba coincidió con los trabajos de la Comisión Norteamericana de Fiebre Amarilla, que comprobó la veracidad de la teoría de Finlay acerca de la transmisión de esa enfermedad y trabajó con entusiasmo en las campañas para la erradicación de la fiebre amarilla en La Habana.

Fue un entusiasta auxiliar de Finlay y un celoso defensor de su prioridad en el descubrimiento del mecanismo de la transmisión de la fiebre amarilla que alzó, más de una vez, su voz para refutar falsas aseveraciones.

Al radicarse definitivamente en Cuba en el año 1900, el doctor Guiteras se apresura a revalidar su título de doctor en Medicina de la Universidad de Pensilvania.

Poco tiempo después, fue nombrado profesor de la cátedra recién fundada de Patología General y Medicina Intertropical y, en 1905, ocupó el decanato de la Facultad de Medicina y Farmacia.

Al presentarse, en 1909 un pequeño brote de fiebre amarilla, el doctor Guiteras renunció a ambos puestos, de profesor y de decano, para dedicar todas sus actividades a su labor sanitaria.

Su labor sanitaria entre nosotros fue de una magnitud y una importancia extraordinarias. Creó una verdadera escuela y supo rodearse de hombres que pusieron muy en alto el nombre de la sanidad cubana, no invadida aún por la nefasta y desmoralizadora acción de la baja política.

Gracias al prestigio de la sanidad cubana y a la fuerza moral de Guiteras, pudo llevarse a cabo con éxito la campaña para extirpar un pequeño brote de peste bubónica surgido en La Habana en los años de 1913 y 1914, a pesar de las protestas que se formularon por los comerciantes perjudicados por las imprescindibles medidas sanitarias puestas en práctica.

Laboró intensamente en el hospital de Las ánimas, primer hospital del mundo dedicado a la atención de enfermos de fiebre amarilla y, posteriormente, destinado a enfermedades infecciosas. Primero, ocupó la plaza de jefe de la sección de laboratorios y, posteriormente, la de director del hospital. Allí prestó sus entusiastas servicios por más de una veintena de años. Fue norma, en su larga carrera sanitaria, cumplir las regulaciones internacionales que obligan a los países a declarar la

existencia de enfermedades epidémicas que pueden constituir un peligro para otras naciones.

En cambio, criticó siempre la conducta de algunos países que ocultaban sus epidemias. A nosotros se extendieron, por falta de información, epidemias de peste bubónica procedentes de Barcelona y de Islas Canarias. El gobierno español las ocultó y Guiteras consignó su protesta por ese proceder deshonesto. Igualmente Puerto Rico, y al decir Puerto Rico, decimos los Estados Unidos, procedió cierta vez en igual forma.

Tenía Guiteras la costumbre de informar a la prensa sobre la existencia de enfermedades infecciosas que, a veces, constituían epidemias.

Y esas informaciones se ajustaban siempre a la más estricta verdad.

En 1921 formó parte de la comisión del Instituto Rockefeller que realizó estudios en la costa occidental de África para determinar si esa zona era un foco posible de la infección amarilla. La comisión estaba presidida por el doctor Gorgas, pero al sorprender a éste la muerte en Londres, el doctor Guiteras fue nombrado presidente de aquella embajada científica.

Honró Juan Guiteras la dirección de Sanidad de Cuba desde 1909 hasta 1921 en que pasó a ocupar la Secretaría de Sanidad y Beneficencia en el primer gabinete del presidente Alfredo Zayas.

Este era, a grandes rasgos, el interesante personaje que el doctor Portilla me había invitado a visitar.

Era un hombre de mediana estatura, de ademanes pausados y cuyos cabellos blancos contrastaban notablemente con la brillantez y viveza de su mirada. Se encontraba residiendo en su modesta finca «San Agustín», alejado del mundanal ruido, porque después de ocupar el más alto cargo de la Sanidad Cubana, había sido víctima de la venganza de un procónsul norteamericano y de la tolerancia de un presidente acomodaticio.

Para emplear su tiempo en algo útil, además de dedicarse a la lectura, en un modesto consultorio atendió gratuitamente a sus vecinos y reunió un grupo de niños a quienes enseñó a leer y a escribir.

El gabinete del Presidente Zayas se inició en difíciles condiciones económicas y políticas. Recuerdo que bajo su gobierno, los empleados públicos sufrieron una demora de cuatro meses en el cobro de sus haberes. La crítica a la administración pública fue acerba y algunos secretarios del Gabinete Gubernamental eran señalados por el índice público como



Juan Gateras Gener.

(Caricatura de Massaguer.) (Cortesía de *Asclepios*.)

malos administradores y dilapidadores de los fondos públicos en provecho propio.

El gobierno norteamericano designó al general Enoch H. Crowder Enviado Especial para servir de armonizador en las pugnas políticas que se debatían en Cuba y para lograr una normalización administrativa.

El enviado norteamericano se insmicuyó libre e insolentemente en todos los asuntos públicos cubanos con la tolerancia y la cooperación de muchos funcionarios criollos.

Pero sus desmanes y su prepotencia chocaron con el carácter íntegro del doctor Juan Guiteras.

Es costumbre protocolar que cuando un representante extranjero desea conocer un detalle referente al país donde ejerce sus funciones, debe solicitarlo a través del Ministerio de Relaciones Exteriores, entonces Secretaría de Estado.

Pues bien, Crowder se dirigía, de modo directo, con una autoridad que no tenía, a los distintos secretarios en demanda de datos relacionados con sus respectivas oficinas.

Cuando lo hizo, de acuerdo con su costumbre, solicitando determinados informes sanitarios, Guiteras devolvió la solicitud y le indicó al enviado especial la vía adecuada para realizar la petición. Crowder quedó sorprendido y no perdonó la firme y correcta actitud del funcionario cubano.

Los incidentes se sucedieron con frecuencia. La autoridades sanitarias cubanas prohibieron la venta de un cargamento de leche condensada procedente de los Estados Unidos, cuya fecha de vencimiento había expirado. El enviado intercedió en defensa de los intereses de los importadores pero su gestión fue inútil, se mantuvo la prohibición.

Algo similar ocurrió con respecto a la inscripción de productos farmacéuticos, que se pretendía vender en Cuba, a pesar de que su venta no estaba autorizada en los Estados Unidos. También fracasó en este caso la gestión de Crowder.

El último eslabón de esta larga cadena de incidentes se produjo cuando el general Crowder envió una nota al presidente Zayas sobre el grave problema del paludismo en Cuba y aportaba datos extraoficiales sobre el estado de esa epidemia en toda la República, que constituía una amenaza para las relaciones con los Estados Unidos.

El doctor Juan Guiteras no solamente refutó con datos oficiales los argumentos del general Crowder, sino que señaló con las cifras estadísticas

que poseía de la epidemiología norteamericana, que en el territorio de los Estados Unidos había más enfermedades transmisibles y peligrosas para Cuba que las que existían en nuestro país.

Y, con un fino sentido del humor, Guiteras ofreció a Crowder los servicios de médicos cubanos para laborar en su nación y ponerla a la altura en que se encontraba Cuba en materia de Salud Pública.

Hay una frase popular muy expresiva, que puede aplicarse a esta situación: «Guiteras le puso la tapa al pomo».

La crisis gubernamental seguía sin resolverse. La opinión pública señalaba a varios secretarios como «maculados». El general Crowder apremiaba al presidente Zayas a que removiera al Gabinete y, al fin Zayas, que aspiraba a obtener un empréstito de cincuenta millones, accedió a sus deseos y los nuevos secretarios ingresaron oleados y santificados por el enviado especial.

Algunos periódicos calificaron al nuevo equipo de gobierno como el «Gabinete de la Honradez». El pueblo, con su fino olfato, lo llamó el «Gabinete de la Injerencia».

Claro está que Juan Guiteras, honesto, capacitado e intransigente ante la desvergonzada injerencia del procónsul, fue incluido entre los que debían ser removidos y cayó mezclado con los elementos señalados como deshonestos y maculados por el estigma del peculado y la corrupción.¹¹

Conservaré siempre un grato recuerdo de las visitas que hice al doctor Guiteras en su finca «San Agustín». Su vasta cultura y su afabilidad hacían su conversación interesantísima. Cualquier tema que abordara lo iluminaba de amenidad. ¡Con cuánto deleite oí de sus labios los recuerdos de su viaje a Alemania para estudiar la tuberculina de Koch, que apasionó al público profano al extremo de producir motines populares! ¡Qué gran interés despertaba en mí oír hablar a alguien que había conocido y tratado a Koch, a Ehrlich, a Virchow, a Pfeiffer y a Kitasato!

Otro tema interesante era el relato de las investigaciones complementarias sobre la transmisión de la fiebre amarilla.

Era un encanto oírle hablar de los tiempos pasados y de las costumbres criollas antiguas. Tenía grandes conocimientos astronómicos,

¹¹ Los datos personales acerca del doctor Juan Guiteras y lo relacionado con los problemas Guiteras-Crowder, han sido tomados del libro *Doctor Juan Guiteras*, del señor César Rodríguez Expósito.

adquiridos de su padre e identificaba las constelaciones y las principales estrellas.

—El cine, el cabaret, la vida moderna —me decía— han matado la antigua costumbre de contemplar el firmamento. Ya no se mira el cielo, Dihigo, ya no se mira el cielo.

En su última época de secretario de sanidad, tenía por costumbre pasar los fines de semana en «San Agustín». Sin escoltas, sin secretario, sin motocicletas que le precedieran, emprendía el viaje como un simple ciudadano.

Algunos de sus amigos le aconsejaban que no lo hiciera por el peligro de ser secuestrado por el conocido bandolero «Arroyito» que, a la sazón, operaba en esa zona.

Nos daba una idea de cuál debió ser el ambiente en que se desenvolvía al responder:

—¡Ojalá me secuestren! Tengo la seguridad de que no lo he de pasar tan mal con «Arroyito» como en la secretaría.

El cuerpo Médico de Cuba supo actuar en desagravio del hombre recto y digno cuya vida fue un ejemplo legado a posteriores generaciones.

Un Congreso Médico Nacional, reunido en la ciudad de La Habana poco después de su salida de la Secretaría de Sanidad y Beneficencia, se trasladó en pleno a Matanzas y las más preclaras personalidades científicas cubanas y extranjeras asistentes al Congreso, expresaron su respeto y adhesión a la figura procer de Juan Guiteras.

Al constituirse la Federación Médica de Cuba fue electo su primer presidente y dos mil médicos lo aclamaron, de pie, al aparecer en el escenario del teatro Payret, donde leyó unas cuartillas que han sido consideradas, después, como su testamento profesional.

Sus palabras finales reafirmaron lo que fue una norma inflexible durante toda su vida:

—Y, finalmente, señores, aprovechad este momento de entusiasmo y esta propaganda y esta franca exposición de nuestra manera de ser, de nuestras inclinaciones y de nuestros pensamientos, aprovechadlos, os digo, para que resplandezca y perdure luminosa entre nosotros la verdad. Un sabio cubano y hombre bueno dijo entre nosotros: «Sólo la verdad nos pondrá la toga viril», pero uno mucho más grande que él, Juan el Evangelista, había dicho antes: «Y la verdad os hará libres.»

Cuatro días después del acto inaugural de la Federación Médica de Cuba, murió en la ciudad de Matanzas, el doctor Juan Guiteras, a consecuencia de un infarto cardíaco.

Entre sus compañeros se comentó, seguramente con razón, que su corazón enfermo no pudo soportar tan profunda conmoción espiritual. Quizás, de no haberse producido ésta, su vida hubiera podido prolongarse algo más. Pero yo me pregunto: Aun limitando algo su supervivencia, ¿no fue preferible ofrecer al hombre digno y honrado el homenaje de desagravio de todos sus compañeros de profesión? A mi modo de ver, la respuesta es afirmativa.